

ALEXANDRA CÁRDENAS

Un mundo cuántico



ALEXANDRA CÁRDENAS

Un
enredo
cuántico



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2025
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, septiembre 2025
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-73-9
Depósito Legal: CS 651-2025

© del texto, Alexandra Cárdenas
© de la ilustración de cubierta, Gabriela Rey @madameardent
Corrección, María Coma

Código THEMA: FR

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para los que viven con cicatrices
infinitas.

Entre la piel y los huesos.

Para Lorenzo,

Volim te.

PRÓLOGO

EL BESO QUE NOS SEPARÓ.

UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA, BERKELEY.

2018.

Soy consciente de que me he quedado atrapada en un solo momento de la noche; justo en la parte más emotiva del discurso: en la despedida. Un amargo adiós que, pese a que estaba deseando alcanzar, se me ha quedado atascado por dentro.

Lo siento al beber de la copa que he sacado al balcón, cuando me cuesta tragar sin que las lágrimas de la emoción me embriaguen todavía más la mirada.

Desde donde estoy puedo verlos a todos. Y sé que debería estar pletórica por lo que hemos conseguido, por lo que he conseguido. Pero son tantas las emociones que bullen dentro de mí que me cuesta mantener el foco en otra cosa que no sea ese temible adiós que ya he lanzado al aire con el resto de los graduados hace apenas unas horas en el auditorio.

Dentro del salón, Maël da vueltas con su copa por

encima de la cabeza, tratando de no volcar el líquido sobre nadie. Me río al contemplarla, tan feliz, tan radiante y achispada. Se merece como nadie haber llegado hasta aquí.

—Deberías estar dándolo todo con ella, Miller. Es vuestra noche.

Niego, sintiendo cómo su voz resurge desde algún lado de la terraza al tiempo que el cuerpo se me contrae por la sorpresa. Cuando lo localizo a mi izquierda, me giro hacia él, sobresaltada. El corazón me late tan rápido al verlo bajo la luz de la luna que, de manera inesperada, la copa de vino se me resbala de entre los dedos.

—Joder, Moore. ¿Qué haces ahí? Me has asustado. —Suelto un gruñido a modo de protesta que parece divertirlo. No se le escapa el hecho de que lo he llamado por su apellido, el mismo que me pidió que no usara para dirigirme a él.

—Perdona. Me han invitado a un vino y no he podido resistirme. No iba a quedarme, pero algunos colegas... Ya los has visto —rumia y se traga una carcajada silenciosa que estalla en su garganta y produce un sonido tan gracioso como atrayente.

Una sonrisa de medio lado se hace con su mejilla al fijarme la vista, pero él no se acerca a mí. Permanece fiel a las sombras en las que se refugia. Tengo que ser yo quien recorte la distancia que nos separa. Dejo la zona del balcón desde la que puedo ver a mi amiga dándolo todo junto al resto de compañeros de la promoción, esquivo los cristales

y el charco de vino tinto que se ha esparcido por el suelo por mi culpa, y me acerco a él, sigilosa como un gato. Moore espera, paciente, hasta que solo nos separa una distancia de medio metro. Entonces, vuelve a mirarme. Pero esta vez es diferente. No sé explicarlo. ¿Debería sentir algo más allá de esta extraña paz que me invade? Es lo más seguro.

Pese a que mi mente me chilla que me aleje, permanezco cerca de la balaustrada unos segundos hasta que decido apoyarme en ella con el codo derecho. Me giro hacia Theodore, despacio, y es justo en ese momento cuando la paz se convierte de nuevo en ese temible torrente que me revoluciona el pulso y me agita el corazón como si fuera un mar revuelto por la marea. Sus ojos brillan, bañados por la débil luz blanca. Está feliz por mí, emocionado por lo que me espera. Es eso. No puede estar... triste. Está feliz por mí.

—No quiero que pienses en tu futuro justo ahora —dice en un tono de voz tan bajo que tengo que acercarme un poco más a él por instinto—, pero... has pensado...

—Le he dado una vuelta —confieso. Por la forma en la que sus ojos bajan hacia mi labio inferior, soy consciente de que llevo toda la noche mordiéndomelo. He llegado incluso a notar el sabor metálico de la sangre en la boca.

—¿Y?

—El laboratorio de Taylor está bien... —mascullo con cautela. No sé cómo tratar este tema de manera coherente con él después de todo lo que hemos hablado.

—Pero...

—Pero voy a necesitar ayuda y lo sabes.

—Tendrás mi ayuda, Ember. —Su voz se agrava unos tonos y mi corazón se para cuando él imita mi postura para encararme. Va vestido de traje. Nunca lo he visto vestido de traje. Theodore Moore siempre se pasea por el campus con su bata blanca y las tizas de colores olvidadas chocando entre sí en los bolsillos. De repente, siento la boca seca y las manos sudorosas. Debe de ser el efecto de llevar tres copas de vino encima—. Ya te he dicho que por eso no debes preocuparte. —Traga saliva y deja su copa justo encima del muro de piedra en el que nos apoyamos. Contemplo cómo agita la bebida antes de volver a mirarlo a los ojos.

—Ya, pero es raro. Y lo sabes. Sería algo así como una alumna no tutorizada. Mi línea de investigación estaría bajo la tutoría de Taylor y...

—A Taylor no va a importarle que te ayude con lo que necesites, Ember —me corta con impaciencia; esto ya lo hemos hablado—. Doy por hecho que cualquier tutor se alegraría de que sus alumnos tuvieran ayuda extra. Os beneficia a ambos, sin duda.

—Tal y como lo dices, no suena justo.

—No te entiendo. —Se pasa la mano por el pelo corto, como si encajar mis palabras lo tuviera en un extraño sinvivir. Ante ese gesto tan... agobiado, mi cuerpo se relaja—. ¿No vas a seguir tu sueño por lo que te parece o no justo?

—No es por eso.

Pone los ojos en blanco, por lo que la réplica me sale sola:

—Theodore, nos pelearíamos —rio. Pero su expresión permanece estática, como si no me comprendiera. Mi sonrisa se ensancha ante su desconcierto—. Te mataría con mi adicción al café. Haríamos tantas pausas en la máquina que nuestra relación no sería beneficiosa para ninguno de los dos. ¿Es que no lo entiendes? Mi mala influencia sería perjudicial para tu carrera.

Dios mío, sus ojos. Dios mío, ¿siempre los ha tenido tan verdes?

Traga saliva. Él también tiene la boca seca y los labios agrietados. No lo pienso cuando cojo su copa para llevármela a la boca. Bebe vino blanco, suave, muy afrutado. Así es Theodore Moore bajo su fachada de genio retraído: dulce, transparente y chispeante.

Eso es lo que pienso cuando su mano rodea a la mía en la copa para reclamar lo que es suyo. La suelto mientras contemplo cómo él bebe de ella justo por la parte donde se ha quedado la marca de mi pintalabios. Algo por dentro me aprieta porque no aparta los ojos de los míos al hacerlo. Siento un dolor suave bajo mi ombligo que me desconcierta. Y una agitación extraña que había sentido antes, pero que ya he bloqueado las veces anteriores. Conforme más se atora mi mente, más rápido avanza el desconcierto por mi bajo vientre y mis muslos.

Joder, el corazón. Se me va a salir del pecho.

—¿Qué...?

Pero no me deja terminar.

—Ya soy adicto al café, Ember. ¿No te has dado cuenta? Necesito esas pausas junto a la máquina del pasillo. Me hacen más bien que mal.

Claro que me he dado cuenta. Una persona normal es capaz de aguantar con dos tazas de café al día, pero el químico más excéntrico de todo Berkeley es capaz de seguir de una pieza con más de cinco. A veces seis.

—Deberías dejar un poco de cafeína para el resto.

—Me ha quedado claro que te gusta compartir —bufa.

—Me gusta ser justa.

—Y a mí me gusta el café.

—Pues como sigas así, te explotará el corazón.

—Si tengo que morirme por la cafeína, que así sea. Amén. Lo firmo.

—No sabes lo que dices —niego, conteniendo una sonrisa.

—Claro que lo sé, soy yo el que se eleva los niveles de cortisol en el cuerpo. Yo solito.

—Y no te arrepientes, por lo que veo.

—Para nada. ¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Te arrepientes de nuestros cafés en la máquina del aulario? —pregunta, atrevido, dejando el vino a un lado antes de mirarse los elegantes zapatos de charol negro que luce esta noche. Normalmente lleva deportivas.

—Nuestros cafés en la máquina del aulario son la razón por la que no abandoné el trabajo, Theo.

No sé por qué he dicho eso, pero al hacerlo soy consciente de que no es lo único que quiero soltarle. Tampoco sé por qué soy incapaz de dejar de mirarlo de esta manera tan incómoda que me hace boquear. Madre mía.

«Joder, Ember, deja de mirarlo así, va a pensar que te gusta. Porque te gusta. ¿Te gusta?».

La voz de mi cabeza dice cosas sin sentido. Como que lo he llamado por el diminutivo de su nombre, ese que solo usan los colegas.

—Ember...

Retrocedo. Su expresión se enturbia al alejarme unos pasos prudenciales. Me tiemblan las manos y el cuerpo entero. Hace apenas tres minutos estaba llorando porque me sentía abrumada por el fin de mi recorrido universitario como estudiante de grado y, ahora, siento un ardor diferente en el cuerpo por su culpa. Por su maldita culpa. Y esto no debería ser así. Me lo he dicho alguna que otra vez antes.

—A ver, lo decía en el sentido... —Tengo que arreglar el desastre. No puedo dejar que sea el dueño de mis respiraciones agitadas. ¿Cuántos años tengo? Parezco una adolescente sin dos dedos de frente.

—Ember —él trata de cortarme de nuevo, pero me enredo yo sola. Necesito encontrar una razón válida con la que consiga creer que no soy una cría achispada por el vino

de la fiesta. Soy una mujer adulta que no siente atracción, de ningún tipo, por su profesor.

—Sabes que he estado agobiada y nuestras charlas me han ayudado a despejarme, eso es lo que quería decir.

—¿Por qué te justificas? —pregunta. Me encojo de hombros ante su voz incrédula, como dolida—. Si te justificas es porque nada de esto tiene sentido, ¿no?

Ladeo la cabeza sin querer entenderlo. Me sudan tanto las manos que tengo que dejarlas caer por la tela de mi vestido. Es cuando me percató de que hemos elegido el mismo color azul marino para la ocasión. El aliento se me queda en la garganta cuando veo que sus labios se entreabren en un acto reflejo al seguir con la mirada el recorrido de mis manos por mis caderas. Me detengo al momento y él pestañea con fuerza antes de llevarse dos dedos al puente de la nariz. Con el brazo libre, se aparta la tela de la chaqueta de un manotazo.

Es imposible que esté pensando en mí de esa forma. Es imposible que resople por mi culpa.

No es posible.

—¿Esto tiene que tener sentido?

«¡Cállate, Ember! Estás borracha, no repliques».

—La verdad es que no lo sé. No tengo ni idea.

¿En qué momento nos hemos acercado tanto de nuevo?

—Theo, acabo de caer en una cosa.

—¿Qué cosa?

—Ya no eres mi profesor —admito. Sus ojos se oscurecen, buscando los míos. Siento que busca una señal que no está clara—. Ya no eres mi profesor de inorgánica... —susurro, tan bajo que tiene que acercarse a mis labios. Los mira como si tratara de leer sus movimientos.

—Dejé de ser tu profesor el semestre pasado —asiente, dejando a la vista lo evidente. Sus ojos brillantes parecen titilar durante los instantes en que tarda en comprenderme.

—Joder, ¿y me lo dices ahora? Hemos perdido el tiempo. —Me arden las mejillas al hablar.

Parpadea con seriedad. No sé si he sido yo la que le ha dado la mano o si ha sido él quien ha buscado mi contacto. La cuestión es que su pulgar sobre mi piel es más suave de lo que había imaginado. Y pequeño. Theodore es más bajo que la media masculina de California, por lo que le viene bien que me acabe de quitar los zapatos de tacón y esté inclinada de lado. De esta manera, puede observarme unos centímetros por encima. Aunque, ciertamente, por cómo me mira, no creo que la altura le moleste lo más mínimo. Me contempla casi como si quisiera...

«No puede suspenderte, imbécil. Ya hace tiempo que aprobaste su última asignatura».

Se acerca a mí despacio porque está tan aturdido como yo. Y deja sus labios muy cerca de los míos cuando vuelve a hablar:

—Ember —me llama de manera ronca, gutural. Escucharlo hace que ese dolor olvidado bajo mi ombligo se

intensifique. Que el temblor crezca. Es como si tuviera frío a finales de junio y se me hubiera instalado también en las rótulas—. ¿Qué has querido decir... con eso último?

—No lo sé. —Y es la verdad. ¿Qué he querido decir? Está tan cerca que su aliento afrutado roza la piel de mis labios resecos. Y se me hace la boca agua. Vuelvo a morderme el labio, pero él me detiene con el mismo pulgar que hasta hace unos instantes acariciaba mi mano—. ¿Qué haces? —La cabeza me dice que me aparte, que retroceda, pero el cuerpo no me responde.

—No lo sé. —Inspira con fuerza. Y me imita. Atrapa con sus dientes su labio inferior al tiempo que su pulgar baja por mi barbilla, despacio, dejando un rastro firme de hormigas allá donde su piel se funde con la mía—. Lo único de lo que estoy seguro es de que no soy tu profesor.

Tragar saliva cada vez me cuesta más. Me siento sofocada hasta la vergüenza, por lo que suelto otra estupidez más a causa del vino:

—Entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Estás esperando a que lo haga yo —comento. Él resopla con tanta fuerza que hasta me divierte.

—No te sigo. Yo solo he venido aquí para felicitaros a todos por la graduación.

—Por eso te has escondido en el balcón, donde nadie pueda vernos.

Se estira el cuello de la camisa para desabrocharse el

primer botón. Se asfixia y ni siquiera trata de ocultarlo. Necesita dejar de sentir la humedad del ambiente veraniego, que le invade y aprisiona los pulmones.

—No tienes ni idea de lo que dices...

—Estabas esperándome, Theodore.

Me da la espalda un segundo antes de responderme.

—Quería despedirme. —Las palabras se le atorán.

—¿Despedirte?

Con una exhalación, lo suelta todo:

—Taylor me ha contado que has aceptado las prácticas y no has postulado a su beca.

Siento que me vacío al instante. O sea, que estaba haciendo el paripé para que se lo confesara.

—Pero ¿qué cojones...? —Me abrazo, indignada. Él no es capaz de dar la cara—. ¿Por qué te lo ha dicho? Es confidencial. Tú no deberías saberlo si ni yo misma me he aclarado todavía.

—Para elegir hay unos plazos —responde, serio. En ese momento, vuelvo a ver al Doctor Moore, a falta de su bata inmaculada y su peculiar olor a café. Pero esta noche se ha vestido de gala, ha ido a la peluquería y hasta se ha recortado la barba—. Si no los cumples, se acabó.

—¿Se acabó? —Tengo la sensación de que su sentencia esconde un doble significado que me aprieta las entrañas.

—Escucha, Ember... —Suspira—. Yo también he estado pensando.

—El trabajo en el instituto —recuerdo en voz alta, y

entonces comprendo nuestras últimas charlas; esos dejes de angustia que no quise ver, pero que siempre estuvieron tintando su voz, sus últimas palabras.

—Es un buen sueldo y me va a permitir ofrecer más tutorías, aceptar más investigación como adjunto...

—Ni de coña. ¿En serio vas a cambiar tu puesto aquí por un instituto privado en la otra punta del país? No eres consciente de lo que dices. ¿Ves? Te estás volviendo loco de verdad.

—Necesito bajar un poco el ritmo, sí. ¡Tú misma lo dijiste!

—Pero esto es lo que te gusta, lo que te apasiona. Has nacido para formar dentro y fuera del laboratorio, a un nivel muy por encima del instituto. Es desperdiciar todo tu talento.

—Es que no quiero seguir dando tumbos. Y ya he elegido. Como tú.

—No me han respondido de las prácticas, y mi caso es diferente.

—¿En qué sentido? Tú también vas a desperdiciar tu talento en un laboratorio de mala muerte para formular, ¿qué?, ¿cosmética? ¿Para eso has estado cinco años de tu vida aquí metida? ¿Por eso has llorado hasta quedarte extasiada en los pasillos de la biblioteca?

Por su expresión desencajada comprendo que ha dicho demasiado. Su rostro lo delata.

—Mis berrinches en la biblioteca se debieron, el

noventa por ciento de las veces, a tus clases. En mis notas se refleja toda esa agonía —me burlo de mala gana.

—Vaya. Gracias.

—De nada.

—Y, aun así, vas a terminar formulando.

—Orgánica —replico, apretando los dientes.

—Terminarás limpiando, Ember. Para eso te quieren allí. Para que limpies el equipo, contabilices los productos y vigiles las muestras. No vas a hacer nada de verdad. No vas a sentirte realizada jamás. Te he visto trabajar en el laboratorio. ¡Te he visto en las ponencias, joder! ¿Es que no te das cuenta de que toda esa pasión se va a ir a la mierda si no la aprovechas? Eres muy joven para marchitarte tan pronto allí.

—¿Y aquí para qué me quieren, Theo? No puedo permitirme otro año sin ingresos. Se me ha acabado la beca. ¡Se ha terminado! Tengo que ser práctica, ¡tengo que ser realista! No puedo vivir del aire. Yo no puedo... Ni Taylor puede asegurarme un puesto con él ni que liberen los fondos esperados para sus becarios.

—Déjame que te ayude.

—Ya estamos otra vez.

Sus dedos atrapan mis muñecas. La electricidad me recorre el cuerpo hasta los dedos de los pies, clavándome en el sitio.

—Existen otras becas de investigación —insiste—. No tienes que decantarte por el trabajo de Taylor si es tan complicado.

—Todavía no puedo optar a ellas, ya lo sabes.

—Doctórate.

—Dios mío, sí que eres cabezón... ¿Es que en todo este tiempo no me has escuchado?

—¿Y tú a mí?

—Es como darse contra un muro...

Guardamos silencio a la vez.

—No estoy segura siquiera de si es el momento para cambiar de especialidad ni de si me terminará gustando o no.

—Si no lo intentas, está claro que jamás lo sabrás. El mundo laboral es así, da mucho miedo. Pero es mejor que trates de abrirte hueco ahora en la rama que buscas antes que tirar un bonito proyecto a la basura y sentenciarte sin siquiera luchar por ello.

—Un momento —lo detengo cuando todas las piezas encajan al instante—, dime que no has aceptado ese trabajo mediocre porque Taylor te ha chivado que no he postulado a su beca de investigación —pido. Como no me contesta, el corazón se me dispara de nuevo. Y el calor; que crece en mis mejillas antes de extenderse por todo el cuerpo—. Dime que no te vas de Berkeley y renuncias a tus fondos, a tu carrera universitaria y a todo tu equipo por un grupo de críos que cursan física y química solo porque las asignaturas ponderan para sus carreras. ¡Joder, Moore!

—No grites —me chista, atrayéndome esta vez hacia sí por los codos. Me arrastra todavía más hacia las sombras.

Unos parterres con arbustos casi tan altos como nosotros nos ocultan, incluso de la luna. Con ese movimiento brusco pero delicado a la vez, mi cuerpo choca ligeramente contra el suyo. Noto el movimiento acelerado de su pecho firme, la tensión de sus brazos sobre los míos. Sus ojos desorbitados por lo que acaba de pasar, por lo cerca que estamos—. No me hagas sentir más imbécil todavía, por favor —suplica.

—¿Por qué te sientes tan imbécil, imbécil?

—Porque creo que me gusta una graduada reciente con una media mediocre que lloró en su último examen de química inorgánica. Y a la que tuve que darle un caramelo para que no le bajara la tensión.

—Fue una barrita energética.

—Fue un caramelo.

—El caramelo me lo diste a mí, no a... —Callo de golpe. No se refiere a la chica que estuvo a punto de desmayarse después de entregarle el examen final. Tuvieron que cogerla entre varios compañeros y Moore, agobiado por haberla visto tan blanca y tambaleante, le pidió que se sentara en su mesa y se tomara la barrita energética que él llevaba encima. La muchacha, muerta de la vergüenza, se negó en rotundo, pero terminó llorando a mares, sentada en la silla del profesor. En la silla de Theodore.

A mí me dio un caramelo de naranja.

Creo que somos las únicas personas sobre la faz de la tierra que de verdad se comen los caramelos de naranja sin

odiarlos. Somos como esa gente a la que le gustan los garbanzos de los cócteles de frutos secos. Esos bichos raros que prefieren lo que el resto olvida.

Si eso no es una señal, no puedo esperar nada más elocuente. Es químico, es profesor. Y, quizá, tal y como mis compañeros y yo hemos barajado más de una vez en las pausas de estudio, su coeficiente intelectual elevado solo funciona en lo que a la ciencia se refiere. No sabe coquear. Si lo hubiera intentado antes conmigo, yo lo habría notado, ¿no?

—¿Acabas de...? —empiezo. Él traga saliva, esta vez con ansia. Mis labios ocupan todo su campo de visión—. ¿He oído bien?

—Antes has dicho, literalmente, «estás esperando a que lo haga yo». Así que sí, acabo de decir lo que crees y has oído bien —explica. Deberían amonestarnos por hablar en código—. Me gusta la chica con la tensión por los suelos, esa que parece cansada casi todo el tiempo. Incluso ahora.

—¿Desde cuándo...? —No me salen las palabras—. ¿Lo dices en serio?

—Creo que desde que marqué tu primer suspenso en grande, con rotulador rojo. Ahí empezó la historia —confiesa. Se me desencaja tanto la mandíbula que al final consigo hacerlo reír—. Es broma, no estoy tan salido.

No lo pienso cuando busco sus labios para acallar ese parloteo absurdo que no nos lleva a ninguna parte. Pero mis reflejos están tan perjudicados por el vino, así que

acabo con la barbilla sobre su hombro. Su risa me acaricia la piel del cuello, haciendo que me estremezca. Inmediatamente, noto la corriente que se desliza por la piel de mis brazos y eleva todo el vello a su paso.

—Prométeme que, si te beso, no vas a denunciarme —suplica, siseando. Una súplica ronca y profunda.

—No eres mi profesor desde el semestre pasado.

—Qué tontos hemos sido.

Sus manos buscan mis mejillas para colocarme frente a él de manera que sus labios se encuentren con los míos. Y me besa. Su suspiro ronco, que hace que le vibre la garganta una milésima de segundo, causa que se me derritan de nuevo las piernas. Me tambaleo cuando su lengua se abre paso por mi boca, buscando más de mí. Tiene que sujetarme para mantenerme pegada a él porque en este momento no puedo pensar en nada que no sea que estoy besando a Theodore Moore. El mismo hombre que me ha hecho pasar incontables noches en vela, que me regañó por suspender con menos de un tres y medio y que me dio un caramelo de naranja para que se me quitara el miedo del cuerpo por sentir los suspensos tan de cerca. También el que se ofreció a invitarme al primer café de máquina de muchos durante mis tardes de tutoría con su compañero de despacho.

Sus manos bajan por mis caderas, su lengua traza mensajes secretos junto a la mía y su pecho firme, como si de pronto hubiera dejado de ser más bajo que la media. Y, no

sé cómo, consigue moverme con una rapidez pasmosa. Sus brazos se flexionan para llevarme con él, haciéndome levitar. Mi vestido se enrolla sobre mis muslos conforme sus manos seguras levantan la tela de manera que la prenda me deje mover las piernas. Su boca no deja de buscarme mientras consigue ponerme a horcadas sobre él en el sillón de rafia en el que estaba sentado antes de haber llamado mi atención.

Sus dedos se hunden en la cara interna de mis muslos y es entonces cuando la falta de aliento me hace apartarlo un instante para respirar. Hasta la última gota de alcohol parece esfumarse de mi cuerpo en el acto. Cuando sus ojos salvajes, desconocidos y familiares al mismo tiempo me estremecen tanto como sus labios enrojecidos por mi pintalabios. Ha sido real. Es real. Le aprieto los bíceps como si no me lo creyera, como cerciorándome de que no es un espejismo y de que hace un segundo estaba completamente perdida en sus brazos, en su boca...

Él parpadea, tan desorientado como yo.

—¿Lo hemos hecho de verdad? —pregunto con un hilo de voz.

—Algo hemos hecho, sí. ¿Estás bien? —susurra. Siento que una punzada de pánico me recorre el pecho cuando él trata de bajarme el vestido, pero es imposible si sigo estando sobre él.

«Joder, Ember. Estás encima de él. ¡Estás muy encima de Theodore!».

—Ember...

Lo sujeto por la nuca antes de permitir que me bese de nuevo. Cierro los ojos para no echarme a llorar. Seguro que lleva caramelos en el bolsillo del traje. Su boca sabe a vino dulce y a café. Cómo no. La piel de sus manos está tan suave que parece que trabaja sin guantes cada vez que trata ácidos. Me río de mi ocurrencia, aspirando su aliento para no dejarme llevar por el pánico.

Va a ser la última vez que lo vea.

Tengo que salir de aquí. Tengo que salir de Berkeley.

Sus labios bajan por mi cuello. Voy a arder si continúa tocándome. Y sigue y sigue...

—Ember, dime si tengo que parar, por favor. Dime algo.

Tiene que parar, pero no quiero que lo haga. ¿Por qué no quiero que lo haga?

—No voy a volver a beber en mi vida.

Me ayuda a ponerme en pie y a recolocarme el vestido, pese a que no puedo controlar la velocidad con la que mis ojos protestan. Estoy tan perdida que solo quiero estrangularlo. Y abrazarlo. Y besarlo. Y matarlo.

—No estás borracha. ¿Verdad?

Se me escapa un hipido mientras me restriego los párpados. No quiero ni imaginarme cómo debo llevar el maquillaje.

Prueba a llamarme de nuevo, pero lo ignoro.

—Buenas noches, Theodore.

Me sigue a trompicones por la terraza y, en un momento en el que mi turbación toca techo, me agarra de la mano para redirigir mis pasos y ayudarme, así, a esquivar los cristales rotos y el charco de vino. Es él quien lleva mis zapatos en la mano y parece no respirar. Yo me ahogo. No puedo ni mirarlo cuando le arranco los tacones de las manos.

—Dime algo más —suplica. Cierro los ojos—. Vete a dormir y mañana lo hablamos, ¿vale? Mañana hablamos, Miller. No te preocupes. No ha sido nada... Si no quieres, no ha pasado nada.

—Pero sí ha pasado. —Corro hacia la puerta. Esta vez, no me sigue. Se queda parado con las manos en los bolsillos. Seguro que alguien nos ha visto. Es mejor que no se percaten de que lleva pintalabios rojo por los labios. Es mejor que no vean la confusión en sus ojos aguados y que ha vuelto a encogerse.

Se hace pequeño conforme me alejo de él.

—¿Un café? —sugiero, desesperada, en un último intento por no perdernos. Pero sé que he lanzado al aire una promesa que no podré cumplir.

No puedo mirarlo porque entonces no seré capaz de irme.

—Por favor —asiente, soltando el aliento que contenía en el pecho y le impedía respirar con normalidad—. Tenemos que hablarlo.

—Claro.

- No te vayas así...
- Mañana, en la máquina de siempre.
- Por favor.
- Lleva cambio.
- Siempre llevo por los dos.

1

UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA, BERKELEY.
SIMPOSIO DEL PROFESORADO DE CIENCIAS.
CURSO 2025/26.

EMBER

«Llegas muy tarde. ¿Cómo es posible que la cagues justo hoy?».

A cada nueva notificación que escucho, se me desboca un poco más el corazón. No puedo correr más rápido, y es una lástima que mis zancadas no den más de sí para abarcar más terreno. Llevo los papeles de Sophia contra el pecho. Estarán demasiado arrugados cuando pueda pararme a echarles un vistazo con más tranquilidad, pero no les presto atención. Trato de no darles prioridad mientras me concentro en no ahogarme de camino al auditorio donde el rector de la universidad lleva ya media hora de charla inaugural reunido con el departamento de ciencias de Berkeley. Bajo el ritmo cuando siento la punzada de los nervios, de la agitación y de la prisa morderme el pecho. Solo me ralentizo lo justo para no arriesgarme a explotar.

Joder, joder, joder.

Es un milagro que sea capaz de llegar sin haberme torcido el tobillo por el camino, pero lo consigo. Dos minutos después de escuchar el último timbre agónico del móvil, me detengo con un derrape frente a las puertas del pabellón. Sí, estoy segura de que no llevo el pelo en su sitio y de que no soy de fiar con las mejillas rojas del esfuerzo. También soy consciente de que hago un ruido horrible al coger bocanadas de aire hasta que la respiración se me estabiliza un poco. Tengo que apoyarme en la pared junto a la puerta cerrada. El vigilante de seguridad se aparta medio metro y me observa con una ceja elevada.

—Hola —jadeo, señalando la puerta, pero él no lo pilla. Trago saliva y me echo el pelo hacia atrás con la mano libre—, estoy citada al simposio. Llego tarde.

—Ya lo veo —replica. Sonrío como puedo—. ¿Identificación?

—Identif... —«Mierda»—. No tengo identificación, claro.

—¿Te la has dejado en casa?

—No, no, es que... —tartamudeo. En ese momento, el de seguridad se encuadra mejor frente a la puerta, amenazante—... la tiene mi amiga, que está dentro.

—Qué casualidad.

—Oye, vengo por obligación. Que es una aburridísima reunión de profesores, no una demostración de corriente alterna ni nada de eso.

Sus ojos se vuelven dos diminutas rendijas al escucharlo.

—¿No sabes la que lio Tesla con la corriente alterna? —explico. El vigilante se cruza de brazos. Me fijo en que hasta él tiene una tarjeta identificativa colgada del pecho del uniforme negro y amarillo, donde las siglas con doble «m» parecen formar una afilada cordillera. ¿Cómo se llamará?—. Bueno, da igual, búscalo en Google —le sugiero, tratando de esquivarlo.

—Puedes contármelo, queda una hora de reunión y no puedo dejarte pasar sin identificarte.

—Está bien —me rindo—. Soy Ember Miller, y creo que ahora voy a ser algo así como profesora adjunta de Farmacología.

El tipo ladea la cabeza, divertido.

—Muy bien —asiente—, pero no me vale.

—¿Y qué te vale?

—La identificación con el sello oficial de la universidad. Y que dentro pases la detección de metales.

—¿Te parezco peligrosa? ¿En serio? —Tengo que teclear casi a la velocidad de la luz en el móvil para pedir socorro. Estoy empezando a impacientarme de más. Y todo ello a la vez que soporto los mensajes que me llegan, solapándose los unos con los otros. Taylor y Maël me traen de cabeza.

Abro el chat de Taylor sin querer, y todo son quejas: «¿Dónde estás?», «¿Todo bien?» «¿Ya te ha entrado el pánico?», «Ven cagando leches, Miller».

La amenaza de mi antiguo tutor me distrae tanto que ni siquiera le presto atención al chirrido potente que emite la pesada puerta al abrirse. Hasta el propio guardia se sobresalta cuando esta rebota contra la pared de ladrillo visto del edificio.

—¡Estás aquí! —exclaman. Reconozco la voz chillona de mi amiga, que baja los escalones con cuidado de no resbalarse. Doy fe de que no es la primera vez que se cae de boca al bajarlos—. Es mía —sentencia, lanzándole una mirada amenazadora al de seguridad, que tiene toda la intención de mantenerse en sus trece de no dejarme pasar—. Culpa mía, tengo su tarjeta —le dice, mostrándole el rectángulo plastificado con mi mejor foto hasta el momento y mi nombre impreso en discretas letras perfectas—. No he podido dársela porque se ha quedado dormida y se ha perdido el desayuno. —Me la sujeta a la solapa de la americana y tira de mí para que llegue hasta el detector de metales, donde me paro un instante al recordar que llevo los papeles de mi sobrina pegados al pecho. Los dejo sobre la bandeja, junto con el bolso, el reloj y el móvil. Y aun después de pasar por el arco sin que emita pitido alguno de advertencia, no termina mi odisea. Una voz suena amplificadas de manera monstruosa por toda la sala de butacas ocupadas. El pánico me invade cuando, de reojo, veo que Maël está mirando los folios arrugados que Sophia me ha dado en el coche. Siento otra vez el pinchazo de terror entre las costillas.

—Luego te cuento —me limito a decirle cuando se los

quito de las manos. No soy capaz de meterlos en el bolso. No sin volver a leerlos antes.

Ella asiente, con la mirada llena de estrellas, y yo solo rezo para que no le haya dado tiempo a leer. Por cómo se tuercen sus labios cuando se posiciona a mi lado, entiendo que al menos ha visto el título de la notificación.

—Suerte —me susurra antes de dejarme frente a los tres escalones de madera que preceden la entrada a la gran sala de butacas. Aquí no pueden estar citados todos los profesores. Hay tanta gente que el temblor de piernas me invade en cuanto mi amiga me suelta y sale corriendo, de vuelta a su butaca. Sé que debería ir a su lado porque estoy dentro de su mismo departamento y daré clase con ella, pero toda su fila está ocupada.

Suspiro, haciéndome hueco como puedo, hasta que el sonido de mi móvil me deja en ridículo delante de las primeras filas. Siento cómo todos los ojos me taladran al instante.

«No tienes buena cara».

Es el amable de Taylor.

Levanto la vista del dispositivo para buscarlo con la mirada. Está sentado en la tercera fila, junto a un asiento que parece libre en un primer momento. Tras unos segundos observándolo, mi vista se enfoca en una mochila negra que parece plástico derretido. Pongo los ojos en blanco cuando este me levanta un pulgar. Lleva el cabello canoso mucho más largo que la última vez que nos vimos y, como siempre, usa las gafas de vista a modo de diadema. Tan

distraído como siempre. Le dedico un mohín antes de ponerme en marcha de nuevo.

Encuentro un par de asientos libres en la fila doce, así que me dejo caer en el primero que alcanzo, tratando de parecer comedida, aunque la realidad es que estoy un poco sobrepasada. Aún me tiemblan las manos pese a todo el tiempo que ha transcurrido desde que Sophia me ha llamado luego de haber estacionado el coche frente al instituto.

—Toma, esto es para ti. Me gustaría que lo firmaras —dice. Después de leer las primeras líneas del escrito, mi cara desencajada hablaría por mí—. Es lo que mamá quería. Lo que yo quiero. Y lo que papá desearía, sin duda.

Doblo las hojas tras volver a leerlas de principio a fin. No me dejo ni una coma ni un solo punto. Me detengo en cada pausa para coger aire y que, así, mi corazón no se olvide de que saltarse latidos es peligroso.

No sé qué probabilidad hay de que mis ojos sean capaces de sincronizarse con el estéreo dañado de la sala, pero noto que se anegan justo cuando el micrófono del ponente agoniza con un fuerte pitido antes de apagarse. Entonces, me hundo todo lo que puedo en el asiento para llorar en paz.

Tengo una hora para recomponerme.

THEODORE

Siento que todas las miradas me siguen al regresar al audito-

rio. Me cuelo por fuera del detector con cuidado de no quedarme enganchado por la hebilla del cinturón y corro de vuelta a mi sitio.

—¿Qué me he perdido? —resuello, tratando de recuperar el aliento.

—La increíble actualización de nuestra guía docente.

—¿En serio?

—De verdad. Se han escuchado las súplicas unos pocos años antes de mi jubilación. ¡Ya era hora de que incluyeran mis artículos en la bibliografía básica!

A mi lado, Taylor me dedica una mirada aburrida, apoyado sobre un codo en el brazo de la butaca. Lo cierto es que, en lugar de desgañitarse, ha susurrado lo último en voz muy baja.

—Pues sí. —Me recuesto de la misma forma, apartando antes la mochila que dejo a mis pies—. ¿Ha llegado ya? —Me refiero a la mujer a la que Taylor ha estado esperando antes de que comenzara la charla. Se suponía que la nueva farmacóloga adjunta debía de haber llegado a la hora del desayuno. No ha sido así.

—Sí, ha buscado sitio arriba —contesta, distraído, consultando algo en el móvil—. Luego te la presento al salir.

Asiento, y luego reposo la vista en las filas superiores del salón de actos. Todas las caras que veo son conocidas. La mayoría. No es que el personal haya rotado mucho; la culpa es mía por haber pasado tanto tiempo desconectado, ale-

jado de este mundillo universitario. Pese a llevar un semestre de vuelta en Berkeley, llevo más de siete años sin acudir a una de estas citas que se hacen antes del inicio del año académico. Aunque la mayoría sostenemos la creencia de que son reuniones poco útiles con las que se justifica que nos juntemos a beber, a despotricar de lo devaluado que está el trabajo de la ciencia y a sentirnos un poco reconfortados durante un rato.

—Entonces, el protocolo de laboratorio...

—Solo se ha hablado de biología molecular. —Me sonrío de medio lado—. El mejor.

Vuelvo a lanzar una mirada distraída a lo alto de la sala. Me agobia que el sonido del micrófono provoque tantas interferencias. Imagino las fluctuaciones de las ondas sonoras desplazándose con los estridentes agudos y cómo varía la forma de su oscilación cuando el profesor de turno decide que es buena idea golpear la esponja del micro con los dedos. Nos deja sordos el tiempo suficiente como para que, en un primer momento, no me dé cuenta del todo por la turbación. El pitido se estandariza en la audiencia, no soy solo yo el que se lleva una mano a la oreja como acto reflejo. La muchacha de la fila... ¿doce? (Sí, la doce. Me cercioro de ello contando rápidamente las hileras de butacas que nos separan). Ella también se ha encogido, llevándose las manos a la cabeza.

—Perdón, perdón... —La voz afligida del profesor en el estrado suena de fondo.

La muchacha se recoge el pelo con parsimonia una vez se reclina. Tiene toda la atención puesta en algo sobre su regazo. Algunos mechones castaños le caen por la cara. Lleva el flequillo largo.

—¿Qué miras?

—Nada, nada. —Le doy un codazo a Taylor—. Estoy prestando atención, pero avísame cuando tenga que tomar apuntes. —Rio. Mi amigo no tarda en devolverme el codazo.

Necesito ponerme las gafas para verla mejor, de modo que palpo los bolsillos de la chaqueta y noto la tirantez en el cuello de tanto mirar hacia arriba en esta postura tan incómoda. Deben de haberse quedado en la mochila y no me encuentro de humor como para rebuscar en ella, así que le pido a mi cerebro que se concentre. Me suena de algo. La he visto antes.

—Me cago en la puta. —Mi voz sale ahogada y sin permiso al reconocerla.

—¿Qué has dicho?